

*Cuadernos
liberales*

Murray N. Rothbard

IZQUIERDA Y DERECHA

PERSPECTIVAS DE LA LIBERTAD



*Izquierda &
Derecha:*

PERPECTIVAS

DE LA LIBERTAD

*Izquierda &
Derecha:*

PERPECTIVAS
DE LA LIBERTAD

MURRAY N. ROTHBARD

Izquierda y derecha: Las perspectivas de la libertad

El conservador ha estado marcado durante mucho tiempo, lo sepa o no, por el pesimismo a largo plazo: por la creencia de que la tendencia a largo plazo, y por lo tanto el tiempo mismo, está en su contra y, por lo tanto, la tendencia inevitable corre hacia el estatismo de izquierda. en casa y el comunismo en el extranjero. Es esta desesperación a largo plazo la que explica el extraño optimismo a corto plazo de los conservadores; ya que, dado que el largo plazo se considera desesperado, el conservador siente que su única esperanza de éxito reside en el momento actual. En asuntos exteriores, este punto de vista lleva al conservador a pedir enfrentamientos desesperados con el comunismo, porque siente que cuanto más espere, las cosas se volverán ineludiblemente peores; en casa, lo lleva a una concentración total en las próximas elecciones, donde siempre espera la victoria y nunca la logra. La quintaesencia del hombre práctico,

Sin embargo, el pesimismo, tanto a corto como a largo plazo, es precisamente lo que merece el pronóstico del conservadurismo; porque el conservadurismo es un remanente agonizante del ancien régime de la era preindustrial y, como tal, no tiene futuro. En su forma estadounidense contemporánea, el Renacimiento conservador encarnaba la agonía de una América anglosajona blanca, fundamentalista, ineludiblemente moribunda, rural, de pueblo pequeño. Sin embargo, ¿qué hay de las perspectivas de libertad? Porque demasiados libertarios vinculan erróneamente el pronóstico de la libertad con el del movimiento conservador aparentemente más fuerte y supuestamente aliado; este vínculo hace que el pesimismo característico a largo plazo del libertario moderno sea fácil de entender. Pero este artículo sostiene que, si bien las perspectivas de libertad a corto plazo en el país y en el extranjero pueden parecer vagas, la actitud adecuada que debe adoptar el libertario es la de un optimismo insaciable a largo plazo.

El caso de esta afirmación se basa en una cierta visión de la historia: que sostiene, en primer lugar, que antes del siglo XVIII en Europa Occidental existía (y sigue existiendo fuera de Occidente) un Viejo Orden identificable. Tanto si el Viejo Orden tomó la forma de feudalismo como de despotismo oriental, estuvo marcado por la tiranía, la explotación, el estancamiento, la casta fija y la desesperanza y el hambre para la mayor parte de la población. En resumen, la vida era "desagradable, brutal y corta"; aquí estaba la "sociedad de estatus" de Maine y la "sociedad militar" de Spencer. Las clases dominantes, o castas, gobernadas por la conquista y haciendo que las masas crean en el supuesto imprimátur divino de su gobierno. El Viejo Orden era, y sigue siendo, el gran y poderoso enemigo de la libertad; y fue particularmente poderoso en el pasado porque entonces no era inevitable su derrocamiento. Cuando consideramos que básicamente el Antiguo Orden existió desde los albores de la historia, en todas las civilizaciones, podemos apreciar aún más la gloria y la magnitud del triunfo de la revolución liberal de y alrededor del siglo XVIII.

Parte de las dimensiones de esta lucha ha sido oscurecida por un gran mito de la historia de Europa Occidental implantado por historiadores alemanes antiliberales de finales del siglo XIX. El mito sostenía que el crecimiento de las monarquías absolutas y del mercantilismo en la era moderna temprana era necesario para el desarrollo del capitalismo, ya que estos sirvieron para liberar a los comerciantes y al pueblo de las restricciones feudales locales. En realidad, este no fue el caso en absoluto; el Rey y su Estado-nación sirvieron más bien como un señor superfeudal que reimpone y refuerza el feudalismo justo cuando estaba siendo disuelto por el crecimiento pacífico de la economía de mercado. El rey superpuso sus propias restricciones y privilegios de monopolio a los del régimen feudal. Los monarcas absolutos eran el Viejo Orden en general y se volvieron aún más despóticos que antes. El capitalismo, de hecho, floreció más temprano y más activamente precisamente en aquellas áreas donde el Estado central era débil o inexistente: las ciudades italianas, la Liga Hanseática, la confederación de la Holanda del siglo XVII.

Finalmente, el viejo orden fue derrocado o severamente sacudido en su control de dos maneras. Una fue la expansión de la industria y el mercado a través de los intersticios del orden feudal (por ejemplo, la industria en Inglaterra desarrollándose en el campo más allá del dominio de las restricciones feudales, estatales y gremiales). El Viejo Orden y las viejas clases dominantes: las Revoluciones Inglesas del siglo XVII, la Revolución Americana y la Revolución Francesa, todas las cuales fueron necesarias para el inicio de la Revolución Industrial y de victorias al menos parciales para la libertad individual. separación *laissez-faire* de Iglesia y Estado, y paz internacional. La sociedad del estatus cedió el paso, al menos parcialmente, a la "sociedad del contrato"; la sociedad militar cedió parcialmente el paso a la "sociedad industrial". La masa de la población logró ahora una movilidad de trabajo y lugar, y una expansión acelerada de sus niveles de vida, que apenas se habían atrevido a esperar. De hecho, el liberalismo había traído al mundo occidental no solo la libertad, la perspectiva de la paz y el aumento del nivel de vida de una sociedad industrial, sino que, sobre todo, tal vez, trajo esperanza, una esperanza en un progreso cada vez mayor que sacó a la masa de la

humanidad. de su antiguo sumidero de estancamiento y desesperación. la sociedad militar cedió parcialmente el paso a la "sociedad industrial". La masa de la población logró ahora una movilidad de trabajo y lugar, y una expansión acelerada de sus niveles de vida, que apenas se habían atrevido a esperar. De hecho, el liberalismo había traído al mundo occidental no solo la libertad, la perspectiva de la paz y el aumento del nivel de vida de una sociedad industrial, sino que, sobre todo, tal vez, trajo esperanza, una esperanza en un progreso cada vez mayor que sacó a la masa de la humanidad. de su antiguo sumidero de estancamiento y desesperación. La sociedad militar cedió parcialmente el paso a la "sociedad industrial". La masa de la población logró ahora una movilidad de trabajo y lugar, y una expansión acelerada de sus niveles de vida, que apenas se habían atrevido a esperar. De hecho, el liberalismo había traído al mundo occidental no solo la libertad, la perspectiva de la paz y el aumento del nivel de vida de una sociedad industrial, sino que, sobre todo, tal vez, trajo esperanza, una esperanza en un progreso cada vez mayor que sacó a la masa de la humanidad. de su antiguo sumidero de estancamiento y desesperación.

Pronto se desarrollaron en Europa Occidental dos grandes ideologías políticas, centradas en torno a este nuevo fenómeno revolucionario: el liberalismo, el partido de la esperanza, del radicalismo, de la libertad, de la Revolución Industrial, del progreso, de la humanidad; el otro era el conservadurismo, el partido de la reacción, el partido que ansiaba restaurar la jerarquía, el estatismo, la teocracia, la servidumbre y la explotación de clases del antiguo orden. Dado que el liberalismo ciertamente tenía la razón de su lado, los conservadores oscurecieron la atmósfera ideológica con llamados oscurantistas al romanticismo, la tradición, la teocracia y el irracionalismo. Las ideologías políticas estaban polarizadas, con el liberalismo en la extrema "izquierda" y el conservadurismo en la extrema "derecha" del espectro ideológico. Que el liberalismo genuino era esencialmente radical y revolucionario fue percibido brillantemente, en el crepúsculo de su impacto, por el gran Lord Acton (una de las pocas figuras en la historia del pensamiento que, encantadoramente, se volvió más radical a medida que envejecía). Acton escribió que "el liberalismo desea lo que debería ser, independientemente de lo que sea". Dicho sea de paso, al elaborar este punto

de vista, fue Acton, no Trotsky, quien llegó por primera vez al concepto de "revolución permanente". Como escribió Gertrude Himmelfarb, en su excelente estudio de Acton: no Trotsky, quien llegó por primera vez al concepto de "revolución permanente". Como escribió Gertrude Himmelfarb, en su excelente estudio de Acton: no Trotsky, quien llegó por primera vez al concepto de "revolución permanente". Como escribió Gertrude Himmelfarb, en su excelente estudio de Acton:

su filosofía se desarrolló (ed) hasta el punto en que el futuro se veía como el enemigo declarado del pasado, y donde al pasado no se le permitía ninguna autoridad excepto cuando se ajustaba a la moralidad. Tomar en serio esta teoría liberal de la historia, dar prioridad a "lo que debería ser" sobre "lo que es", era, admitió, prácticamente instalar una "revolución en la permanencia".

La "revolución en la permanencia", como Acton insinuó en la conferencia inaugural y admitió francamente en sus notas, fue la culminación de su filosofía de la historia y teoría de la política ... Esta idea de conciencia, que los hombres llevan consigo el conocimiento de el bien y el mal, es la raíz misma de la revolución, porque destruye la santidad del pasado ... "El liberalismo es esencialmente revolucionario", observó Acton. "Los hechos deben ceder a las ideas. De manera pacífica y paciente si es posible. Violentamente si no".

El liberal, escribió Acton, superó con creces al whig:

El Whig se rige por el compromiso. El liberal comienza el reinado de las ideas ... Uno es práctico, paulatino, dispuesto al compromiso. El otro desarrolla un principio filosóficamente. Uno es una política que apunta a una filosofía. La otra es una filosofía que busca una política.

¿Qué pasó con el liberalismo? Entonces, ¿por qué declinó durante el siglo XIX? Esta cuestión se ha reflexionado muchas veces, pero quizás la razón básica fue una podredumbre interna dentro de los elementos vitales del liberalismo mismo. Porque, con el éxito parcial de la Revolución Liberal en Occidente, los liberales abandonaron cada vez más su fervor radical y, por lo tanto, sus objetivos liberales, para quedarse contentos con una mera defensa del statu quo poco inspirador y defectuoso. Se pueden discernir dos raíces filosóficas de esta decadencia: primero, el abandono de los derechos naturales y la teoría del "derecho superior" por el utilitarismo. Porque sólo las formas de teoría de la ley natural o superior pueden proporcionar una base radical fuera del sistema existente desde la cual desafiar el status quo; y solo tal teoría proporciona un sentido de inmediatez necesaria a la lucha libertaria, centrándose en la necesidad de llevar a los gobernantes criminales existentes ante el tribunal de justicia. Los utilitaristas, por otro lado, al abandonar la justicia por la conveniencia, también abandonan la inmediatez por un estancamiento silencioso e inevitablemente terminan como apologistas objetivos del orden existente.

La segunda gran influencia filosófica en el declive del liberalismo fue el evolucionismo, o darwinismo social, que puso los toques finales al liberalismo como fuerza radical en la sociedad. Porque el darwinista social vio erróneamente la historia y la sociedad a través de los lentes pacíficos y color de rosa de la evolución social infinitamente lenta, infinitamente gradual. Ignorando el hecho primordial de que ninguna casta gobernante en la historia ha cedido jamás voluntariamente su poder y que, por tanto, el liberalismo tuvo que abrirse paso mediante una serie de revoluciones, los darwinistas sociales esperaban pacífica y alegremente miles de años de evolución infinitamente gradual hacia el futuro. La siguiente etapa supuestamente inevitable del individualismo. Una ilustración interesante de un pensador que encarna en sí mismo el declive del liberalismo en el siglo XIX es Herbert Spencer. Spencer comenzó como un liberal magníficamente radical, de hecho prácticamente un libertario puro. Pero, cuando el virus de la sociología y el darwinismo social se apoderó de su alma, Spencer abandonó el libertarismo como un movimiento histórico dinámico, aunque al principio sin abandonarlo en teoría pura.

En resumen, mientras esperaba un eventual ideal de libertad pura, Spencer comenzó a ver su victoria como inevitable, pero solo después de milenios de evolución gradual, y así, de hecho, Spencer abandonó el liberalismo como un credo radical y combativo; y limitó su liberalismo en la práctica a una fatigada acción de retaguardia contra el creciente colectivismo de finales del siglo XIX. Curiosamente, Spencer ' El cansado cambio "hacia la derecha" en la estrategia pronto se convirtió también en teoría en un cambio hacia la derecha; de modo que Spencer abandonó la libertad pura incluso en teoría, por ejemplo, al repudiar su famoso capítulo en *Estática social* , "El derecho a ignorar al Estado". En Inglaterra, los liberales clásicos comenzaron su paso del radicalismo al cuasi-conservadurismo a principios del siglo XIX; Una piedra de toque de este cambio fue la actitud liberal británica general hacia la lucha de liberación nacional en Irlanda. Esta lucha fue doble: contra el imperialismo político británico y contra el latifundismo feudal que había sido impuesto por ese imperialismo. Por su ceguera conservadora hacia el impulso irlandés por la independencia nacional, y especialmente por la propiedad campesina contra la opresión feudal,

los liberales británicos (incluido Spencer) simbolizaron su abandono efectivo del liberalismo genuino, que había nacido virtualmente en una lucha contra el sistema de tierras feudal. Solo en los Estados Unidos, el gran hogar del liberalismo radical (donde el feudalismo nunca había podido echar raíces fuera del Sur), ¿Los derechos naturales y la teoría del derecho superior, y los consiguientes movimientos liberales radicales, continuaron en prominencia hasta mediados del siglo XIX? En sus diferentes formas, los movimientos jacksoniano y abolicionista fueron los últimos movimientos libertarios radicales poderosos en la vida estadounidense.

Así, con el Liberalismo abandonado desde dentro, ya no había un partido de la Esperanza en el mundo occidental, ya no había más un movimiento de "izquierda" para liderar una lucha contra el Estado y contra el resto irrompible del Viejo Orden. En esta brecha, en este vacío creado por el secado del liberalismo radical, entró un nuevo movimiento: el socialismo. Los libertarios de la actualidad están acostumbrados a pensar en el socialismo como el polo opuesto del credo libertario. Pero este es un grave error, responsable de una grave desorientación ideológica de los libertarios en el mundo actual. Como hemos visto, el conservadurismo era el

polo opuesto de la libertad; y el socialismo, mientras que estaba a la "izquierda" del conservadurismo, era esencialmente un movimiento confuso, intermedio. Fue, y sigue siendo.

En resumen, Russell Kirk, que afirma que el socialismo fue el heredero del liberalismo clásico, y Ronald Hamowy, que ve al socialismo como el heredero del conservadurismo, tienen razón; pues la pregunta es en qué aspecto de este confuso movimiento centrista nos estamos enfocando. El socialismo, como el liberalismo y contra el conservadurismo, aceptó el sistema industrial y los objetivos liberales de libertad, razón, movilidad, progreso, niveles de vida más altos para las masas y el fin de la teocracia y la guerra; pero trató de lograr estos fines mediante el uso de medios conservadores incompatibles: el estatismo, la planificación centralizada, el comunitarismo, etc. O más bien, para ser más precisos, había desde el principio dos vertientes diferentes dentro del socialismo: una era la de derecha, vertiente autoritaria, de Saint-Simon para abajo, que glorificaba el estatismo, la jerarquía, y colectivismo y que era, por tanto, una proyección del conservadurismo que intentaba aceptar y dominar la nueva civilización industrial. La otra era la vertiente izquierdista, relativamente libertaria, ejemplificada en sus diferentes formas

por Marx y Bakunin, revolucionarios y mucho más interesados en lograr los objetivos libertarios del liberalismo y el socialismo: pero especialmente el aplastamiento del aparato del Estado para lograr la "extinción lejos del Estado "y el" fin de la explotación del hombre por el hombre ". Curiosamente, la misma frase marxista, la "sustitución del gobierno de los hombres por la administración de las cosas", se puede rastrear, por una ruta tortuosa, desde los grandes liberales radicales franceses del *laissez-faire* de principios del siglo XIX, Charles Comte (sin relación con Auguste Comte) y Charles Dunoyer. Y así también que el concepto de "lucha de clases"; excepto que para Dunoyer y Comte las clases intrínsecamente antitéticas no eran empresarios contra trabajadores, sino los productores en la sociedad (incluidos los empresarios libres, trabajadores, campesinos, etc.) versus las clases explotadoras que constituyen y privilegian el aparato del Estado. Saint-Simon, en un momento de su confusa y caótica vida, estuvo cerca de Comte y Dunoyer y tomó su análisis de clase de ellos, en el proceso característicamente consiguiendo que todo se arruinara y convirtiera a los hombres de negocios en el mercado, así como a los feudales, terratenientes y otros privilegiados del Estado,

en "explotadores". Marx y Bakunin tomaron esto de los saint-simonianos, y el resultado engañó gravemente a todo el movimiento socialista de izquierda; pues, entonces, además de aplastar al Estado represivo, se hizo supuestamente necesario aplastar la propiedad capitalista privada de los medios de producción. Al rechazar la propiedad privada, especialmente del capital, los socialistas de izquierda quedaron atrapados en una contradicción interna crucial: si el Estado ha de desaparecer después de la Revolución (inmediatamente para Bakunin, "marchitándose" gradualmente para Marx), entonces, ¿cómo puede el "colectivo" administrar su propiedad sin convertirse él mismo en un enorme Estado, de hecho, aunque no sea de nombre? Esta fue una contradicción que ni los marxistas ni los bakuninistas pudieron resolver jamás.

Habiendo reemplazado al liberalismo radical como el partido de la "izquierda", el socialismo, a principios del siglo XX, cayó presa de esta contradicción interna. La mayoría de los socialistas (fabianos, lassalleanos, incluso marxistas) giraron bruscamente hacia la derecha, abandonaron por completo los viejos objetivos e ideales libertarios de la revolución y la desaparición del Estado, y se convirtieron en conservadores

acogedores que se reconciliaron permanentemente con el Estado, el statu quo y todo el aparato. del neomercantilismo, el capitalismo monopolista de Estado, el imperialismo y la guerra que rápidamente se estaba instalando y clavando en la sociedad europea a principios del siglo XX. Porque también el conservadurismo se había reformado y reagrupado para tratar de hacer frente a un sistema industrial moderno, y se había convertido en un mercantilismo renovado, un régimen de estatismo marcado por el privilegio del monopolio estatal, en formas directas e indirectas, a los capitalistas favorecidos ya los terratenientes cuasi feudales. La afinidad entre el socialismo de derecha y el nuevo conservadurismo se hizo muy estrecha, el primero defendiendo políticas similares pero con un barniz populista demagógico: así, la otra cara de la moneda del imperialismo era el "socialimperialismo", que Joseph Schumpeter definió mordazmente como "un imperialismo". en el que los empresarios y otros elementos cortejan a los trabajadores mediante concesiones de bienestar social que parecen depender del éxito del monopolio exportador ... "

Los historiadores han reconocido desde hace mucho tiempo la afinidad y la unión del socialismo de derecha con el conservadurismo en Italia y Alemania, donde la fusión se materializó primero en el bismarckismo y luego en el fascismo y el nacionalsocialismo: este último cumpliendo el programa conservador del nacionalismo, el imperialismo, militarismo, teocracia y un colectivismo de derecha que retuvo e incluso cimentó el dominio de las antiguas clases privilegiadas. Pero solo recientemente los historiadores han comenzado a darse cuenta de que un patrón similar ocurrió en Inglaterra y Estados Unidos. Así, Bernard Semmel, en su brillante historia del movimiento socialimperialista en Inglaterra a principios del siglo XX, muestra cómo la Sociedad Fabiana acogió con beneplácito el ascenso de los imperialistas en Inglaterra. Cuando, a mediados de la década de 1890, el Partido Liberal en Inglaterra se dividió en radicales de izquierda y liberales imperialistas de derecha, Beatrice Webb, colíder de los fabianos, denunció a los radicales como "laissez faire y antiimperialistas". "mientras aclamaba a estos últimos como" colectivistas e imperialistas ".

Un manifiesto oficial de Fabián, el fabianismo y el imperio (1900), elaborado por George Bernard Shaw (quien más tarde, con perfecta coherencia, elogió las políticas internas de Stalin y Mussolini y Sir Oswald Mosley), elogió al imperialismo y atacó a los radicales, que "todavía se aferran a los ideales de la frontera fija del republicanismo individualista (y) la no injerencia ". En contraste, "una Gran Potencia ... debe gobernar (un imperio mundial) en interés de la civilización en su conjunto". Después de esto, los fabianos colaboraron estrechamente con los conservadores y los liberales imperialistas. De hecho, a finales de 1902, Sidney y Beatrice Webb establecieron un pequeño grupo secreto de confidentes en el cerebro llamado Los Coeficientes; como uno de los miembros principales de este club, el imperialista tory, Leopold S. Amery, escribió de manera reveladora: " Otros miembros de los Coeficientes, que, como escribió Amery, iban a funcionar como "Brains Trust o Estado Mayor" del movimiento, fueron: el Liberal-Imperialista Richard B. Haldane; el geopolítico Halford J. Mackinder; el imperialista y germanófilo Leopold Maxse, editor de la National Review ; el socialista e imperialista conservador Vizconde Milner; el imperialista naval Carlyon Bellairs; el famoso periodista JL Garvin; Bernard Shaw; Sir Clinton Dawkins, socio del banco Morgan; y Sir

Edward Gray, quien, en una reunión del club, esbozó por primera vez la política de la Entente con Francia y Rusia que acabaría en la Primera Guerra Mundial.

La famosa traición, durante la Primera Guerra Mundial, de los viejos ideales del pacifismo revolucionario por los socialistas europeos, e incluso por los marxistas, no debería haber sido una sorpresa; que cada Partido Socialista apoyó a su "propio" gobierno nacional en la guerra (con la honorable excepción del Partido Socialista de Eugene Victor Debs en los Estados Unidos) fue la encarnación final del colapso de la Izquierda Socialista clásica. A partir de entonces, socialistas y cuasisocialistas se unieron a los conservadores en una amalgama básica, aceptando el Estado y la Economía Mixta (= neomercantilismo = Estado de Bienestar-Intervencionismo = Capitalismo de Monopolio de Estado, meramente sinónimos de la misma realidad esencial). Fue en reacción a este colapso que Lenin rompió la Segunda Internacional para restablecer el marxismo revolucionario clásico en un renacimiento del socialismo de izquierda.

De hecho, Lenin, casi sin saberlo, logró más que eso. Es de conocimiento común que los movimientos "purificadores", deseosos de volver a una pureza clásica despojada de las corrupciones recientes, generalmente purifican más allá de lo que había sido cierto entre las fuentes clásicas originales. De hecho, hubo marcadas tensiones "conservadoras" en los escritos de Marx y Engels que a menudo justificaron el Estado, el imperialismo occidental y el nacionalismo agresivo, y fueron estos motivos, en las opiniones ambivalentes de los Maestros sobre este tema, los que proporcionaron la alimento para el posterior desplazamiento de la mayoría marxista hacia el campo "socialimperialista". El campo de Lenin se volvió más "a la izquierda" que los mismos Marx y Engels. Lenin tenía una postura decididamente más revolucionaria hacia el Estado y defendía y apoyaba constantemente los movimientos de liberación nacional contra el imperialismo. El giro leninista también fue más "izquierdista" en otros sentidos importantes. Porque si bien Marx había centrado su ataque en el capitalismo de mercado per se, el foco principal de las preocupaciones de Lenin estaba en lo que él concibe

como las etapas más altas del capitalismo: el imperialismo y el monopolio. De ahí que el enfoque de Lenin, centrado en la práctica en el monopolio estatal y el imperialismo más que en el capitalismo de *laissez-faire*, fue mucho más agradable para el libertario que el de Karl Marx. En los últimos años, las escisiones en el mundo leninista han puesto de relieve una tendencia aún más de izquierda: el de los chinos. En su énfasis casi exclusivo en la revolución en los países subdesarrollados, los chinos, además de despreciar los compromisos marxistas de derecha con el Estado, han centrado infaliblemente su hostilidad en las propiedades feudales y cuasi feudales, en las concesiones monopolísticas que han enredado el capital con cuasi -tierra feudal, y sobre el imperialismo occidental. En este virtual abandono del énfasis marxista clásico en la clase trabajadora, los maoístas han concentrado los esfuerzos leninistas más de cerca en el derrocamiento de los principales baluartes del Viejo Orden en el mundo moderno. sobre las concesiones monopolísticas que han entrelazado el capital con tierras cuasi feudales, y sobre el imperialismo occidental. En este virtual abandono del énfasis

marxista clásico en la clase trabajadora, los maoístas han concentrado los esfuerzos leninistas más de cerca en el derrocamiento de los principales baluartes del Viejo Orden en el mundo moderno.

El fascismo y el nazismo fueron la culminación lógica en los asuntos internos de la deriva moderna hacia el colectivismo de derecha. Se ha vuelto una costumbre entre los libertarios, como de hecho entre el establishment de Occidente, considerar al fascismo y al comunismo como fundamentalmente idénticos. Pero si bien ambos sistemas eran indudablemente colectivistas, diferían mucho en su contenido socioeconómico. Porque el comunismo fue un genuino movimiento revolucionario que despiadadamente desplazó y derrocó a las antiguas élites gobernantes; mientras que el fascismo, por el contrario, consolidó en el poder a las viejas clases dominantes. Por tanto, el fascismo fue un movimiento contrarrevolucionario que congeló un conjunto de privilegios monopolísticos sobre la sociedad; en resumen, el fascismo fue la apoteosis del capitalismo monopolista de Estado moderno. Aquí estaba la razón por la que el fascismo resultó tan atractivo (lo que el comunismo, por supuesto, nunca lo hizo) para los intereses de las grandes empresas en Occidente, abierta y descaradamente en los años veinte y principios de los treinta.

Ahora estamos en condiciones de aplicar nuestro análisis a la escena estadounidense. Aquí nos encontramos con un mito contrastante sobre la historia estadounidense reciente que ha sido propagado por los conservadores actuales y adoptado por la mayoría de los libertarios estadounidenses. El mito dice aproximadamente lo siguiente: Estados Unidos era, más o menos, un refugio del *laissez-faire* hasta el New Deal; luego Roosevelt, influenciado por Felix Frankfurter, la Sociedad Socialista Intercolegial y otros "conspiradores" "fabianos" y comunistas, diseñó una revolución que puso a Estados Unidos en el camino hacia el socialismo y, más allá, más allá del horizonte, hacia el comunismo. El libertario actual que adopta esta o una visión similar de la experiencia estadounidense, tiende a pensar en sí mismo como un "extrema derecha"; ligeramente a la izquierda de él, entonces, se encuentra el Conservador, a la izquierda de eso, el medio del camino, y luego a la izquierda hacia el socialismo y el comunismo. De ahí la enorme tentación de algunos libertarios de morder el anzuelo; porque, dado que ven a Estados Unidos a la deriva inexorablemente hacia la izquierda hacia el socialismo y, por lo tanto, hacia el comunismo, la gran tentación es para ellos pasar por alto las etapas intermedias y tachar toda su oposición con el odiado pincel rojo.

Uno pensaría que el "libertario de derecha" rápidamente podría ver algunos defectos drásticos en esta concepción. Por un lado, la enmienda del impuesto sobre la renta, que él deplora como el comienzo del socialismo en Estados Unidos, fue aprobada en el Congreso en 1909 por una abrumadora mayoría de ambos partidos. Considerar este evento como un fuerte movimiento de izquierda hacia el socialismo requeriría tratar al presidente William Howard Taft, quien aprobó la 16ª Enmienda, como un izquierdista, y seguramente pocos tendrían la temeridad de hacerlo. De hecho, el New Deal no fue una revolución en ningún sentido; todo su programa colectivista fue anticipado: aproximadamente por Herbert Hoover durante la depresión y, más allá de eso, por el colectivismo de guerra y la planificación central que gobernó América durante la Primera Guerra Mundial. Todos los elementos del programa New Deal: planificación central,¹³ Y este programa, con su privilegio de varios intereses de las grandes empresas en la cima del montón colectivista, no recordaba en ningún sentido al socialismo o al izquierdismo; Aquí no había nada que oliera a igualitario o proletario. No, el parentesco de este colectivismo floreciente no era en absoluto con el socialismo-comunismo, sino con el fascismo, o el socialismo de derecha,

un parentesco que muchos grandes empresarios de los años veinte expresaron abiertamente en su anhelo por el abandono de un cuasi- sistema de *laissez-faire* para un colectivismo que pudieran controlar. Y, seguramente, William Howard Taft, Woodrow Wilson y Herbert Clark Hoover son figuras mucho más reconocibles como profascistas que como criptocomunistas.

La esencia del New Deal fue vista, mucho más claramente que en la mitología conservadora, por el movimiento leninista a principios de la década de 1930, es decir, hasta mediados de la década de 1930, cuando las exigencias de las relaciones exteriores soviéticas provocaron un cambio brusco en el mundo. Línea comunista para la aprobación del "Frente Popular" del New Deal. Así, en 1934, el teórico leninista británico R. Palme Dutt publicó un breve pero mordaz análisis del New Deal como "socialfascismo", como la realidad del fascismo cubierta con una fina capa de demagogia populista. Ningún oponente conservador ha entregado jamás una denuncia más enérgica o tajante del New Deal. La política de Roosevelt, escribió Dutt, era "pasar a una forma de dictadura de tipo bélico"; Las políticas esenciales eran imponer un capitalismo monopolista de Estado a través de la NRA, subsidiar las empresas,

la banca y la agricultura a través de la inflación y la expropiación parcial de la masa del pueblo a través de salarios reales más bajos, y la regulación y explotación del trabajo mediante salarios fijados por el gobierno y arbitraje obligatorio. Cuando el New Deal, escribió Dutt, es despojado de su camuflaje "progresista" social-reformista ", " la realidad del nuevo tipo fascista de sistema de capitalismo de estado concentrado y servidumbre industrial permanece ", incluido un" avance implícito a la guerra ". " Dutt concluyó efectivamente con una cita de un editor de la muy respetada Cuando el New Deal, escribió Dutt, es despojado de su camuflaje "progresista" social-reformista ", " la realidad del nuevo tipo fascista de sistema de capitalismo de estado concentrado y servidumbre industrial permanece ", incluido un" avance implícito a la guerra ". " Dutt concluyó efectivamente con una cita de un editor de la muy respetada Cuando el New Deal, escribió Dutt, es despojado de su camuflaje "progresista" social-reformista ", " la realidad del nuevo tipo fascista de sistema de capitalismo de estado concentrado y servidumbre industrial permanece ", incluido un" avance implícito a la guerra ". " Dutt concluyó efectivamente con una cita de un editor de la muy respetada Revista Current History : "La nueva América (el editor había escrito a mediados de 1933) no será capitalista en el antiguo sentido, ni será socialista.

Si en este momento la tendencia es hacia el fascismo, será un fascismo estadounidense, encarnando la experiencia, las tradiciones y las esperanzas de una gran nación de clase media".

Por tanto, el New Deal no supuso una ruptura cualitativa con el pasado estadounidense; por el contrario, era simplemente una extensión cuantitativa de la red de privilegios estatales que se había propuesto y sobre la que se había actuado antes: en la Administración de Hoover, en el colectivismo de guerra de la Primera Guerra Mundial y en la Era Progresista. La exposición más completa de los orígenes del capitalismo monopolista de Estado, o lo que él llama "capitalismo político", en Estados Unidos se encuentra en la brillante obra del Dr. Gabriel Kolko. En su triunfo del conservadurismo, Kolko rastrea los orígenes del capitalismo político en las "reformas" de la Era Progresista. Los historiadores ortodoxos siempre han tratado el período progresista (aproximadamente 1900-1916) como una época en la que el capitalismo de libre mercado se estaba volviendo cada vez más "monopolista"; En reacción a este reinado del monopolio y las grandes empresas, según cuenta la historia, los intelectuales altruistas y los políticos con visión de futuro recurrieron a la intervención del gobierno

para reformar y regular estos males. El gran trabajo de Kolko demuestra que la realidad era casi precisamente lo contrario de este mito. A pesar de la ola de fusiones y fideicomisos formados alrededor del cambio de siglo, revela Kolko, las fuerzas de la competencia en el libre mercado rápidamente viciaron y disolvieron estos intentos de estabilizar y perpetuar el poder económico de los intereses de las grandes empresas. Fue precisamente en reacción a su inminente derrota a manos de las tormentas competitivas del mercado que las empresas recurrieron, cada vez más después del siglo XX, al gobierno federal en busca de ayuda y protección. En resumen, la intervención del gobierno federal no fue diseñada para frenar el monopolio de las grandes empresas en aras del bienestar público, sino para crear monopolios que las grandes empresas (así como las asociaciones comerciales de pequeñas empresas) no habían podido establecer en medio de la crisis. vendavales competitivos del mercado libre. Tanto la izquierda como la derecha han sido persistentemente engañadas por la noción de que la intervención del gobierno es ipso facto izquierdista y anti-empresarial. De ahí la mitología del New-Fair Deal-as-Red que es endémico en la derecha. Tanto los grandes empresarios, liderados por los intereses de Morgan, como el profesor Kolko casi de forma única en el mundo académico.

Así, Kolko muestra que, comenzando con el Nuevo Nacionalismo de Theodore Roosevelt y culminando con la Nueva Libertad de Wilson, en industria tras industria, por ejemplo, seguros, banca, carne, exportaciones y negocios en general, regulaciones que los derechistas actuales consideran "socialistas". no solo fueron aclamados de manera uniforme, sino que también fueron concebidos y realizados por grandes empresarios. Este fue un esfuerzo consciente para fijar sobre la economía un cemento de subsidio, estabilización y privilegio de monopolio. Una vista típica fue la de Andrew Carnegie; profundamente preocupado por la competencia en la industria del acero, que ni la formación de US Steel ni los famosos "Gary Dinners" patrocinados por esa empresa Morgan podrían frenar, Carnegie declaró en 1908 que "siempre me viene a la mente el control del gobierno, y solo eso , "No hay nada alarmante en la regulación gubernamental per se", anunció Carnegie, "el capital está perfectamente seguro en la compañía de gas, aunque está bajo control judicial. Así estará todo el capital, aunque bajo el control del Gobierno ... "

El Partido Progresista, muestra Kolko, era básicamente un partido creado por Morgan para reelegir a Roosevelt y castigar al presidente Taft, que había sido demasiado celoso en la persecución de las empresas Morgan; los trabajadores sociales de izquierda a menudo, sin saberlo, proporcionaron un barniz demagógico a un movimiento conservador-estatista. La Nueva Libertad de Wilson, que culminó con la creación de la Comisión Federal de Comercio, lejos de ser considerada peligrosamente socialista por las grandes empresas, fue recibida con entusiasmo por poner en práctica su programa de apoyo, privilegios y regulación de la competencia tan apreciado (y el colectivismo de guerra de Wilson). fue recibido aún más exuberantemente.) Edward N. Hurley, presidente de la Comisión Federal de Comercio y ex presidente de la Asociación de Fabricantes de Illinois, anunció felizmente, a fines de 1915, Tal y como sucedería más dramáticamente en el fascismo europeo, cada grupo de interés económico estaba siendo cartellized y monopolizado y encajar en su lugar privilegiado en una estructura socioeconómica ordenados jerárquicamente. Particularmente influyentes fueron las opiniones de Arthur Jerome Eddy, un eminente abogado corporativo que se especializó en la formación de asociaciones

comerciales y que ayudó a crear la Comisión Federal de Comercio. En su obra magna en la que denunciaba ferozmente la competencia en los negocios y pedía una "cooperación" industrial protegida y controlada por el gobierno, Eddy pregonó que "la competencia es la guerra y la 'guerra es el infierno'". ¿Qué hay de los intelectuales del período progresista, condenados por la derecha actual como "socialistas"? En cierto sentido, eran socialistas, pero ¿qué tipo de "socialismo"? El socialismo de estado conservador de la Alemania de Bismarck, el prototipo de gran parte de las formas políticas europeas y estadounidenses modernas, y bajo el cual el grueso de los intelectuales estadounidenses de finales del siglo XIX recibió su educación superior. Como dice Kolko:

El conservadurismo de los intelectuales contemporáneos, ... la idealización del estado por Lester Ward, Richard T. Ely o Simon N. Patten ... fue también el resultado de la formación peculiar de muchos de los académicos estadounidenses de este período. A fines del siglo XIX, las universidades ejercieron la principal influencia en la teoría económica y social académica estadounidense. La idealización bismarckiana del estado, con sus funciones de bienestar centralizadas ... fue adecuadamente revisada por los miles de académicos clave que estudiaron en universidades alemanas en las décadas de 1880 y 1890 ...

Además, el ideal de los principales profesores alemanes ultraconservadores, también llamados "socialistas de la cátedra", era formarse conscientemente en el "guardaespalda intelectual de la Casa de Hohenzollern", y seguramente lo fueron.

Como ejemplo del intelectual progresista, Kolko cita acertadamente a Herbert Croly, editor de *New Republic*, financiado por Morgan . Al sistematizar el nuevo nacionalismo de Theodore Roosevelt, Croly elogió este nuevo hamiltonianismo como un sistema para el control federal colectivista y la integración de la sociedad en una estructura jerárquica.

Mirando hacia adelante desde la Era Progresista, Gabriel Kolko concluye que

Durante la guerra se creó una síntesis de los negocios y la política a nivel federal, en diversos organismos administrativos y de emergencia, que se prolongó durante la década siguiente. De hecho, el período de guerra representa el triunfo de las empresas de la manera más enfática posible ... las grandes empresas obtuvieron el apoyo total de las distintas agencias reguladoras y del Ejecutivo. Fue durante la guerra cuando el oligopolio efectivo y funcional y los acuerdos de precios y mercado se hicieron operativos en los sectores dominantes de la economía estadounidense. La rápida difusión del poder en la economía y la entrada relativamente fácil prácticamente cesaron. A pesar del cese de importantes nuevas promulgaciones legislativas, la unidad de negocios y el gobierno federal continuó durante la década de 1920 y posteriormente,

En este sentido, el progresismo no murió en la década de 1920, sino que se convirtió en parte del tejido básico de la sociedad estadounidense.

De ahí el New Deal. Después de un poco de vacilación izquierdista a mediados y finales de los años treinta, la administración Roosevelt volvió a cementar su alianza con las grandes empresas en la economía de la defensa nacional y los contratos de guerra que comenzó en 1940. Esta era una economía y un sistema de gobierno que ha estado gobernando Estados Unidos. desde entonces, encarnado en la economía de guerra permanente, el capitalismo monopolista de Estado en toda regla y el neomercantilismo, el complejo militar-industrial de la era actual. Las características esenciales de la sociedad estadounidense no han cambiado desde que fue completamente militarizada y politizada en la Segunda Guerra Mundial, excepto que las tendencias se intensifican, e incluso en la vida cotidiana los hombres se han moldeado cada vez más para conformar una Organización Hombres al servicio del Estado y su complejo militar-industrial . William H. Whyte, Jr., en su justamente famoso libro, *El Hombre de la Organización* , dejó en claro que este moldeado tuvo lugar en medio de la adopción por parte de las empresas de los puntos de vista colectivistas de los sociólogos "ilustrados" y

otros ingenieros sociales. También está claro que esta armonía de puntos de vista no es simplemente el resultado de la ingenuidad de los grandes empresarios, no cuando tal "ingenuidad" coincide con los requisitos de comprimir al trabajador y al gerente en el molde de servidor voluntario en la gran burocracia militar. maquina industrial. Y, bajo el disfraz de "democracia", la educación se ha convertido en una mera instrucción masiva en las técnicas de ajuste a la tarea de convertirse en un engranaje en la vasta máquina burocrática.

Mientras tanto, los republicanos y los demócratas siguen siendo tan bipartidistas en la formación y el apoyo de este establishment como lo fueron en las dos primeras décadas del siglo XX. El "me-tooísmo" —apoyo bipartidista del statu quo que subyace a las diferencias superficiales entre los partidos— no comenzó en 1940.

¿Cómo reaccionó la guardia del cabo de los libertarios restantes a estos cambios del espectro ideológico en Estados Unidos? Se puede encontrar una respuesta instructiva al observar la carrera de uno de los grandes libertarios de los Estados Unidos del siglo XX: Albert Jay Nock. En la década de 1920, cuando Nock había formulado su filosofía libertaria radical, era universalmente considerado como un miembro de la extrema

izquierda, y él también se consideraba a sí mismo. Siempre es tendencia, en la vida ideológica y política, centrar la atención en el principal enemigo del día, y el principal enemigo de ese día fue el estatismo conservador de la Administración Coolidge-Hoover; Por lo tanto, era natural que Nock, su amigo y compañero libertario Mencken y otros radicales se unieran a los cuasisocialistas en la batalla contra el enemigo común. Cuando el New Deal sucedió a Hoover, por otro lado, los socialistas de la leche y el agua y los intervencionistas vagamente izquierdistas se subieron al tren del New Deal; en la izquierda, solo los libertarios como Nock y Mencken, y los leninistas (antes del período del Frente Popular) se dieron cuenta de que Roosevelt era solo una continuación de Hoover en otra retórica. Era perfectamente natural que los radicales formaran un frente unido contra FDR con los conservadores más antiguos de Hoover y Al Smith, quienes creían que Roosevelt había ido demasiado lejos o no les gustaba su extravagante retórica populista. Pero el problema fue que Nock y sus compañeros radicales, al principio desdeñosos con sus nuevos aliados, pronto empezaron a aceptarlos e incluso a ponerse alegremente la antes despreciada etiqueta de "conservadores".

Con los radicales de base, este cambio tuvo lugar, al igual que tantas transformaciones de ideología en la historia, sin saberlo y en ausencia de un liderazgo ideológico adecuado; para Nock, y hasta cierto punto para Mencken, por otro lado, el problema era mucho más profundo.

Porque siempre había existido un grave defecto en la brillante y finamente perfeccionada doctrina libertaria elaborada en sus muy diferentes formas por Nock y Mencken; ambos habían adoptado durante mucho tiempo el gran error del pesimismo. Ambos no vieron ninguna esperanza de que la raza humana adoptara alguna vez el sistema de libertad; desesperados de que la doctrina radical de la libertad se aplicara alguna vez en la práctica, cada uno a su manera personal se apartó de la responsabilidad del liderazgo ideológico, Mencken con alegría y hedonismo, Nock con altivez y sigilo. A pesar de la contribución masiva de ambos hombres a la causa de la libertad, por lo tanto, ninguno de los dos podría convertirse en el líder consciente de un movimiento libertario: porque ninguno pudo imaginar al partido de la libertad como el partido de la esperanza, el partido de la revolución o a fortiori., el partido del mesianismo secular. El error del pesimismo es el primer paso por la pendiente

resbaladiza que conduce al conservadurismo; y, por tanto, fue demasiado fácil para el radical pesimista Nock, aunque todavía básicamente un libertario, aceptar la etiqueta conservadora e incluso llegar a croar la vieja perogrullada de que hay una presunción a priori contra cualquier cambio social.

Es fascinante que Albert Jay Nock siguiera así el camino ideológico de su amado antepasado espiritual Herbert Spencer; ambos comenzaron como libertarios radicales puros, ambos abandonaron rápidamente las tácticas radicales o revolucionarias como encarnadas en la voluntad de poner en práctica sus teorías a través de la acción de masas, y ambos finalmente se deslizaron de las tácticas conservadoras a al menos un toryismo parcial del contenido.

Y así, los libertarios, especialmente en su sentido de dónde se encontraban en el espectro ideológico, se fusionaron con los conservadores más viejos que se vieron obligados a adoptar una fraseología libertaria (pero sin contenido realmente libertario) al oponerse a una Administración Roosevelt que se había vuelto demasiado colectivista para ellos. , ya sea en contenido o en retórica. La Segunda Guerra Mundial reforzó y consolidó esta alianza; porque, en contraste con todas las guerras estadounidenses anteriores del siglo, las fuerzas pro-paz y "aislacionistas" fueron identificadas,

por sus enemigos y posteriormente por ellas mismas, como hombres de "derecha". Al final de la Segunda Guerra Mundial, era una segunda naturaleza que los libertarios se consideraran a sí mismos en un polo de "extrema derecha" con los conservadores inmediatamente a la izquierda de ellos; y de ahí el gran error del espectro que persiste hasta el día de hoy. En particular, los libertarios modernos olvidaron o nunca se dieron cuenta de que la oposición a la guerra y el militarismo siempre había sido una tradición de "izquierda" que incluía a los libertarios; y, por tanto, cuando la aberración histórica del período del New Deal se corrigió y la "derecha" volvió a ser la gran partidaria de la guerra total, los libertarios no estaban preparados para comprender lo que estaba sucediendo y siguieron la estela de su supuesto conservador " aliados ". Los liberales habían perdido por completo sus antiguas marcas y pautas ideológicas. y, por tanto, cuando la aberración histórica del período del New Deal se corrigió y la "derecha" volvió a ser la gran partidaria de la guerra total, los libertarios no estaban preparados para comprender lo que estaba sucediendo y siguieron la estela de su supuesto conservador " aliados ". Los liberales habían perdido por completo sus antiguas marcas y pautas ideológicas. y, por tanto, cuando la aberración histórica del período del New Deal se corrigió

y la "derecha" volvió a ser la gran partidaria de la guerra total, los libertarios no estaban preparados para comprender lo que estaba sucediendo y siguieron la estela de su supuesto conservador " aliados ". Los liberales habían perdido por completo sus antiguas marcas y pautas ideológicas. y, por tanto, cuando la aberración histórica del período del New Deal se corrigió y la "derecha" volvió a ser la gran partidaria de la guerra total, los libertarios no estaban preparados para comprender lo que estaba sucediendo y siguieron la estela de su supuesto conservador " aliados ". Los liberales habían perdido por completo sus antiguas marcas y pautas ideológicas.

Dada una reorientación adecuada del espectro ideológico, ¿cuáles serían las perspectivas de la libertad? No es de extrañar que el libertario contemporáneo, al ver que el mundo se vuelve socialista y comunista, y que se cree virtualmente aislado y apartado de cualquier perspectiva de acción de masas unida, tiende a estar impregnado de pesimismo a largo plazo. Pero la escena se ilumina de inmediato cuando nos damos cuenta de que ese requisito indispensable de la civilización moderna: el derrocamiento del Viejo Orden, se logró mediante la acción

libertaria de masas que estalló en revoluciones tan grandes de Occidente como las revoluciones francesa y estadounidense, y provocó las glorias de la Revolución Industrial y los avances de la libertad, la movilidad y el aumento de los niveles de vida que aún conservamos hoy. A pesar de los retrocesos reaccionarios hacia el estatismo, el mundo moderno se eleva por encima del mundo del pasado. Si consideramos también que, de una forma u otra, el Antiguo Orden de despotismo, feudalismo, teocracia y militarismo dominó todas las civilizaciones humanas hasta Occidente del siglo XVIII, el optimismo sobre lo que el hombre tiene y puede lograr debe aumentar aún más.

Se podría replicar, sin embargo, que este sombrío registro histórico de despotismo y estancamiento solo refuerza el pesimismo de uno, ya que muestra la persistencia y durabilidad del Viejo Orden y la aparente fragilidad y evanescencia del Nuevo, especialmente en vista del retroceso del Nuevo Orden. siglo pasado. Pero un análisis tan superficial descuida el gran cambio ocurrido con la Revolución del Nuevo Orden, un cambio claramente irreversible. Porque el Viejo Orden pudo persistir en su sistema esclavista durante siglos precisamente porque no despertó expectativas ni esperanzas en la mente de las masas sumergidas; su suerte consistía en vivir y ganarse su brutal subsistencia en la esclavitud mientras obedecían sin cuestionar los

mandatos de sus gobernantes divinamente designados. Pero la Revolución liberal implantó indeleblemente en las mentes de las masas, no solo en Occidente sino en el mundo subdesarrollado aún dominado por los feudales, el ardiente deseo de libertad, de tierra para el campesinado, de paz entre las naciones y, quizás, por encima de todo. todos, por la movilidad y el aumento de los niveles de vida que solo puede traerles una civilización industrial. Las masas nunca volverán a aceptar la servidumbre sin sentido del Antiguo Orden; y dadas estas demandas que han sido despertadas por el liberalismo y la Revolución Industrial, la victoria a largo plazo de la libertad es inevitable. por la movilidad y el aumento del nivel de vida que solo les puede ofrecer una civilización industrial. Las masas nunca volverán a aceptar la servidumbre sin sentido del Antiguo Orden; y dadas estas demandas que han sido despertadas por el liberalismo y la Revolución Industrial, la victoria a largo plazo de la libertad es inevitable. por la movilidad y el aumento del nivel de vida que solo les puede ofrecer una civilización industrial. Las masas nunca volverán a aceptar la servidumbre sin sentido del Antiguo Orden; y dadas estas demandas que han sido despertadas por el liberalismo y la Revolución Industrial, la victoria a largo plazo de la libertad es inevitable.

Porque solo la libertad, solo un mercado libre, puede organizar y mantener un sistema industrial, y cuanto más se expande y explota la población, más necesario es el funcionamiento sin restricciones de tal economía industrial. El *laissez-faire* y el mercado libre se vuelven cada vez más evidentemente necesarios a medida que se desarrolla un sistema industrial; las desviaciones radicales provocan colapsos y crisis económicas. Esta crisis del estatismo se vuelve particularmente dramática y aguda en una sociedad plenamente socialista; y de ahí que el inevitable colapso del estatismo se haya hecho evidente por primera vez en los países del campo socialista (es decir, comunista). Porque el socialismo enfrenta su contradicción interna de la manera más cruda.

Desesperadamente, trata de cumplir sus proclamadas metas de crecimiento industrial, niveles de vida más altos para las masas y eventual extinción del Estado. y es cada vez más incapaz de hacerlo con sus medios colectivistas. De ahí el inevitable colapso del socialismo. Este colapso progresivo de la planificación socialista fue al principio parcialmente oscurecido. Porque, en todos los casos, los leninistas tomaron el poder no en un país capitalista desarrollado como Marx había predicho erróneamente, sino en un país que sufría la opresión del feudalismo. En segundo

lugar, los comunistas no intentaron imponer el socialismo en la economía durante muchos años después de tomar el poder: en la Rusia soviética hasta que la colectivización forzada de Stalin a principios de la década de 1930 revirtió la sabiduría de la Nueva Política Económica de Lenin, que el teórico favorito de Lenin Bujarin habría extendido hacia un mercado libre. Incluso los líderes comunistas supuestamente rabiosos de China no impusieron una economía socialista en ese país hasta finales de la década de 1950. En todos los casos, la creciente industrialización ha impuesto una serie de quiebres económicos tan severos que los países comunistas, en contra de sus principios ideológicos, han tenido que retirarse paso a paso de la planificación centralizada y volver a diversos grados y formas de libre mercado. El Plan Liberman para la Unión Soviética ha ganado mucha publicidad; pero el inevitable proceso de desocialización ha avanzado mucho más en Polonia, Hungría y Checoslovaquia. La más avanzada de todas es Yugoslavia, que, liberada de la rigidez estalinista antes que sus compañeros, en sólo una docena de años se ha desocializado tan rápido y tan lejos que su economía es ahora apenas más socialista que la de Francia. El hecho de que personas que se llaman a sí mismas "comunistas" sigan gobernando el país es irrelevante para los

hechos sociales y económicos básicos. La planificación centralizada en Yugoslavia prácticamente ha desaparecido; el sector privado no solo predomina en la agricultura, sino que incluso es fuerte en la industria, y el propio sector público ha sido tan radicalmente descentralizado y sometido a pruebas de libre fijación de precios, de pérdidas y ganancias y a una propiedad cooperativa de trabajadores de cada planta que el verdadero socialismo difícilmente ya existe. Solo el paso final de convertir el control sindical de los trabajadores en acciones individuales de propiedad permanece en el camino hacia el capitalismo absoluto. China comunista y los hábiles teóricos marxistas de y un trabajador cooperativo propiedad de cada planta que el verdadero socialismo ya casi no existe. Solo el paso final de convertir el control sindical de los trabajadores en acciones individuales de propiedad permanece en el camino hacia el capitalismo absoluto. China comunista y los hábiles teóricos marxistas de y un trabajador cooperativo propiedad de cada planta que el verdadero socialismo ya casi no existe. Solo el paso final de convertir el control sindical de los trabajadores en acciones individuales de propiedad permanece en el camino hacia el capitalismo absoluto. China comunista y los hábiles teóricos marxistas de

Monthly Review ha discernido claramente la situación y ha dado

la alarma de que Yugoslavia ya no es un país socialista.

Uno pensaría que los economistas del libre mercado aplaudirían la confirmación y la creciente relevancia de la notable percepción del profesor Ludwig von Mises hace medio siglo: que los Estados socialistas, al estar necesariamente desprovistos de un sistema de precios genuino, no pueden calcular económicamente y, por lo tanto, no pueden planificar su economía con éxito. De hecho, un seguidor de Mises predijo este proceso de dessocialización en una novela hace algunos años. Sin embargo, ni este autor ni otros economistas del libre mercado han dado el menor indicio de siquiera reconocer, y mucho menos saludar este proceso en los países comunistas, quizás porque su visión casi histórica de la supuesta amenaza del comunismo les impide reconocer cualquier disolución en la supuesta monolito de amenaza.

Los países comunistas, por lo tanto, se ven obligados cada vez más y de manera inerradicable a dessocializarse y, por lo tanto, eventualmente llegarán al mercado libre. El estado de los países subdesarrollados también es motivo de optimismo libertario sostenido. En todo el mundo, los pueblos de las naciones subdesarrolladas

están comprometidos en una revolución para deshacerse de su Antiguo Orden feudal. Es cierto que Estados Unidos está haciendo todo lo posible para reprimir el mismo proceso revolucionario que una vez lo sacó a él ya Europa Occidental de las cadenas del Viejo Orden; pero es cada vez más claro que incluso un poder armado abrumador no puede reprimir el deseo de las masas de abrirse paso en el mundo moderno.

Nos quedamos con Estados Unidos y los países de Europa Occidental. Aquí, el caso del optimismo es menos claro, ya que el sistema cuasi colectivista no presenta una crisis de auto-contradicción tan severa como lo hace el socialismo. Y, sin embargo, aquí también se vislumbra la crisis económica en el futuro y corroe la complacencia de los administradores económicos keynesianos: inflación progresiva, reflejada en el agravante colapso de la balanza de pagos del otrora todopoderoso dólar; el creciente desempleo secular provocado por las escalas de salario mínimo; y la acumulación más profunda ya largo plazo de las distorsiones antieconómicas de la economía de guerra permanente. Además, las posibles crisis en los Estados Unidos no son meramente económicas; hay un fermento moral floreciente e inspirador entre la juventud de América contra las cadenas de la burocracia centralizada, de la educación masiva en la uniformidad.

Además, el mantenimiento de un grado sustancial de libertad de expresión y formas democráticas facilita, al menos a corto plazo, el posible crecimiento de un movimiento libertario. Estados Unidos también tiene la suerte de poseer, aunque medio olvidado bajo la capa estatista y tiránica del último medio siglo, una gran tradición de pensamiento y acción libertarios. El mismo hecho de que gran parte de esta herencia todavía se refleje en la retórica popular, aunque despojada de su significado en la práctica, proporciona una base ideológica sustancial para un futuro partido de la libertad.

Lo que los marxistas llamarían las "condiciones objetivas" para el triunfo de la libertad existen, entonces, en todas partes del mundo, y más que en cualquier época pasada; porque en todas partes las masas han optado por niveles de vida más altos y la promesa de libertad y en todas partes los diversos regímenes del estatismo y el colectivismo no pueden cumplir estos objetivos. Lo que se necesita, entonces, son simplemente las "condiciones subjetivas" para la victoria, es decir, un creciente cuerpo de libertarios informados que difundirán el mensaje a los pueblos del mundo de que la libertad y el mercado puramente libre proporcionan la salida a sus problemas y crisis.

La libertad no se puede lograr por completo a menos que existan libertarios en número para guiar a la gente por el camino correcto. Pero quizás el mayor obstáculo para la creación de tal movimiento es la desesperación y el pesimismo típicos del libertario en el mundo actual. Gran parte de ese pesimismo se debe a su mala interpretación de la historia y a su pensamiento de sí mismo y de su puñado de cohermanos como irremediamente aislados de las masas y, por tanto, de los vientos de la historia. De ahí que se convierta en un crítico solitario de los acontecimientos históricos más que en una persona que se considera parte de un movimiento potencial que puede y hará historia. El libertario moderno ha olvidado que el liberal de los siglos XVII y XVIII enfrentó dificultades mucho más abrumadoras que las que enfrenta el liberal de hoy; porque en esa era antes de la Revolución Industrial, la victoria del liberalismo estaba lejos de ser inevitable. Y, sin embargo, el liberalismo de esa época no se contentaba con seguir siendo una pequeña secta lúgubre; en lugar de, unificó teoría y acción. El liberalismo creció y se desarrolló como ideología y, liderando y guiando a las masas, hizo la Revolución que cambió el destino del mundo; con su avance monumental, esta Revolución del siglo XVIII transformó la historia de una crónica de estancamiento

y despotismo a un movimiento continuo que avanza hacia una verdadera utopía secular de libertad, racionalidad y abundancia. El Viejo Orden está muerto o moribundo; y los intentos reaccionarios de dirigir una sociedad y una economía modernas mediante varios retrocesos al Antiguo Orden están condenados al fracaso total. Los liberales del pasado han dejado a los libertarios modernos una herencia gloriosa, no solo de ideología, sino de victorias contra adversidades mucho más devastadoras. Los liberales del pasado también han dejado una herencia de la estrategia y tácticas adecuadas que deben seguir los libertarios: no solo liderando en lugar de permanecer al margen de las masas; pero también al no caer presa del optimismo a corto plazo. Porque el optimismo a corto plazo, la falta de realismo, conduce directamente a la desilusión y luego al pesimismo a largo plazo; al igual que, en el otro lado de la moneda, el pesimismo a largo plazo conduce a una concentración exclusiva y contraproducente en cuestiones inmediatas y de corto plazo. El optimismo a corto plazo proviene, por un lado, de una visión ingenua y simplista de la estrategia: que la libertad ganará simplemente educando a más intelectuales, quienes a su vez educarán a los formadores de opinión, quienes a su vez convencerán a las masas, después de lo cual el Estado de alguna manera plegará su tienda y se marchará silenciosamente.

y Las cosas no son tan fáciles; porque los libertarios enfrentan no solo un problema de educación sino también un problema de poder;

Pero el problema del poder está, ciertamente, en Estados Unidos, en un futuro lejano. Para el libertario, la tarea principal de la época actual es deshacerse de su pesimismo innecesario y debilitante, poner su mirada en la victoria a largo plazo y emprender el camino hacia su consecución. Para hacer esto, debe, quizás en primer lugar, realinear drásticamente su visión errónea del espectro ideológico; debe descubrir quiénes son sus amigos y aliados naturales y, sobre todo, quiénes son sus enemigos. Armado con este conocimiento, que proceda con el espíritu del optimismo radical a largo plazo que una de las grandes figuras de la historia del pensamiento libertario, Randolph Bourne, identificó correctamente como el espíritu de la juventud. Dejemos que las conmovedoras palabras de Bourne sirvan también como guía para el espíritu de libertad:

la juventud es la encarnación de la razón frente a la rigidez de la tradición. La juventud hace preguntas implacables a todo lo que es viejo y establecido: ¿Por qué? ¿Para qué sirve esto? Y cuando recibe las respuestas evasivas y masculladas de los defensores, aplica su propio espíritu fresco y limpio de la razón a las instituciones, costumbres e ideas, y al encontrarlas estúpidas, estúpidas o venenosas, se vuelve instintivamente para derrocarlas y construir en su lugar. las cosas de las que abundan sus visiones. .

La juventud es la levadura que mantiene fermentando todas estas actitudes de cuestionamiento y prueba en el mundo. Si no fuera por esta molesta actividad de la juventud, con su odio a los sofismas y glosas, su insistencia en las cosas como son, la sociedad moriría de pura decadencia. Es la política de la generación mayor, a medida que se adapta al mundo, esconder las cosas desagradables donde puede, o preservar una conspiración de silencio y una elaborada pretensión de que no existen. Pero mientras tanto, las llagas siguen supurando, de todos modos. La juventud es el antiséptico drástico ... Saca esqueletos de los armarios e insiste en que se expliquen. No es de extrañar que la generación mayor tema y desconfíe de la más joven. La juventud es la némesis vengativa en su camino ...

Nuestros mayores son siempre optimistas en sus puntos de vista del presente, pesimistas en sus puntos de vista del futuro; la juventud es pesimista hacia el presente y gloriosamente esperanzada para el futuro. Y es esta esperanza la que es la palanca del progreso, se podría decir, la única palanca del progreso ...

El secreto de la vida es, entonces, que este excelente espíritu juvenil nunca se perderá. De la turbulencia de la juventud debería surgir este fino precipitado: un espíritu sano, fuerte y agresivo de atrevimiento y acción. Debe ser un espíritu flexible y en crecimiento, con hospitalidad hacia las nuevas ideas y una aguda visión de la experiencia. Mantener las propias reacciones cálidas y verdaderas es haber encontrado el secreto de la eterna juventud, y la eterna juventud es la salvación.

